

## SANTÍSIMA TRINIDAD

+ Mons. D. Ciriaco Benavente Mateos

### *El Amante, el Amado y el Amor*

La Trinidad es el misterio de Dios; pero es también el secreto más profundo de la vida del hombre, que está envuelta en ese misterio de amor. Ahí está el sentido último de nuestra existencia humana. Por eso la Trinidad no es una verdad para ser creída, sino una fiesta para ser vivida; implica a nuestra vida concreta. Es como si, en este domingo, nuestro ser se reencontrase con la fuente en la que nuestro estado de vida ha tenido origen.

El fragmento evangélico que la Iglesia nos ofrece en la fiesta de este año para nuestra reflexión y nuestra oración sobre el amor trinitario es la parte conclusiva del diálogo nocturno entre Jesús y uno de los dirigentes judíos, el fariseo Nocodemo.

El fariseo ha oído campañas, pero anda despistado. Le pregunta a Jesús qué quiere decir eso de “*nacer de nuevo*”. De eso hablan. Según el Evangelio de Juan, la oportunidad de ser una criatura nueva se puede realizar sólo gracias al don del Espíritu Santo que el Padre da a los hombres desde el manantial de la Cruz. La Cruz es, por tanto, la única realidad ante la que es posible no sólo contemplar al Amante (El Padre), por usar el lenguaje de san Agustín, sino vivir la experiencia de una vida nueva.

Recuerdo aquella imagen de la Trinidad de un pueblo extremeño, depositada en el museo cacereño de la Casa de las Veletas: Muere el crucificado sostenido por los brazos del Padre, mientras entre ambos brota una paloma blanca, símbolo del Espíritu Santo.

En la Cruz es donde descubrimos hasta dónde llega el amor del Padre a los hombres: “*Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito*”. Si Dios ha tenido entre sus brazos al crucificado, estamos seguros de nos acogerá a cada uno de nosotros sea cual sea nuestra historia de dolor o de pecado.

En la Cruz se revela la seriedad con que Jesús nos ha amado. Ante la Cruz resuenan con acento personal las palabras de Pablo: “*Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me ha amado y se ha entregado por mí*”. A los pies de la Cruz encontramos al Amado (al Hijo) que, hecho hombre, obedece fiel y amorosamente al propósito liberador del Padre.

En la imagen a que me he referido, la paloma evoca la presencia del Espíritu. Junto al Amado clavado en cruz están el Amante (Padre) y el Amor (Espíritu Santo). El crucificado es como el canal privilegiado a través del cual el Padre renueva nuestro corazón y nuestra mente con el don del Espíritu Santo.

La Trinidad es el Dios de la Cruz, el Dios que nos ama a cada uno personalmente, que envuelve con su infinita ternura nuestra incapacidad de amar con todo el corazón y con toda el alma.

Coincidiendo con esta fiesta, que invita a contemplar con calma el misterio de amor incandescente que es Dios, celebra la Iglesia la **Jornada pro Orantibus**, a favor de quienes han sido llamados a la vida contemplativa.

En nuestra Diócesis de Albacete contamos con siete monasterios femeninos de vida contemplativa. Como he dicho otras veces, nuestros monasterios, donde las hermanas se ganan el pan de cada día trabajando con sus manos, como los pobres, no son piezas de museo para dar lustre a nuestras ciudades. Su silueta, el tañido de su campana al amanecer o cuando el día declina, nos recuerdan que ahí existe un laboratorio de oxígeno espiritual para que podamos respirar mejor quienes nos movemos en un mundo tan enrarecido.

Aunque viven encerradas en el claustro, llevan en el corazón los *gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias* del mundo y de la Iglesia, que no cesan de presentar a Dios como alabanza o como súplica. Con su vida pobre, virginal y obediente son testigos de la más verdadera riqueza, del amor más definitivo, de la más alta libertad, la que es capaz de hacernos, como a María, siervos por amor.

Me parece admirable el lema de esta Jornada: "*Lectio divina: un camino de luz*". Si toda vida consagrada "*nace de la escucha de la Palabra de Dios y acoge el Evangelio como su norma de vida*" (V.D.83), ha sido y sigue siendo la gran tradición monástica la que "*ha tenido siempre como elemento constitutivo de su espiritualidad la meditación de la Sagrada Escritura, particularmente en la modalidad de lectio divina*". (Ib.)

A la vez que valoramos y agradecemos el don de la vida contemplativa, pidamos al Señor que surjan vocaciones que prolonguen, de día y de noche, la oración de Jesús en el monte (VC.32). Respondamos a su solicitud por nosotros con nuestra ayuda, nuestro amor y nuestra gratitud. Algún día entenderemos el favor que nos hacen.